

Richard Ford

Manual para viajeros por España y lectores en casa

que describe el país y sus ciudades, los nativos y sus costumbres;
las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura,
deportes y gastronomía

Madrid y Castilla

Traducción de Jesús Pardo

Título original: *A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home /
The Castiles, Old and New*

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

Copyright © 2008, Turner Publicaciones S.L.
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid
www.turnerlibros.com

ISBN (Obra completa): 978-84-7506-856-5

ISBN (Tomo III): 978-84-7506-858-9

Diseño de colección: The Studio of Fernando Gutiérrez
Compaginación y corrección: EB8

Depósito legal:
Printed in Spain

ÍNDICE

Libro I. Madrid

Las dos Castillas	11
El hombre castellano	15
Madrid. Generalidades	21
Vistas de Madrid	37
El Museo del Prado	57
Otras vistas de Madrid	93

Libro II. Castilla

Comunicaciones desde Madrid	135
Excursiones por los alrededores de Madrid	139
Ruta XCVII. De Madrid a Ávila	141
Ruta XCVIII. De Ávila a El Escorial y Segovia	151
Ruta XCIX. De Madrid a El Escorial y Segovia	153
Ruta C. De Segovia a Aranda	187
Ruta CI. De Madrid a Toledo	189
Ruta CII. De Toledo a Aranjuez	223
De Madrid a Valencia	229
Ruta CIII. De Madrid a Valencia	231
Ruta CIV. De Madrid a Valencia por Cuenca	241
Ruta CV. De Cuenca a Valencia por Minglanilla	251
Ruta CVI. De Cuenca a San Clemente	253
Excursiones cerca de Cuenca	255
Ruta CVII. De Cuenca a Madrid por Sacedón	257
Ruta CVIII. De Cuenca a Madrid	263
Ruta CIX. De Cuenca a Teruel	265
Ruta CX. De Teruel a Calatayud	269
Ruta CXI. De Teruel a Valencia	277

Ruta CXII. De Madrid a Zaragoza	279
Ruta CXIII. De Madrid a Burgos	297
Excursiones cerca de Burgos	317
Ruta CXIV. De Burgos a Santander	325
Ruta CXV. De Burgos a Logroño	329
Ruta CXVI. De Burgos a Vitoria	335
Ruta CXVII. De Vitoria a Santander	343

MADRID. GENERALIDADES

Las mejores posadas se mencionan más adelante, y los que tengan prisa por comenzar a hacer compras y ver las curiosidades, pueden consultar ya sin esperar más.

La historia de Madrid se cuenta enseguida. Al contrario que las muchas y antiguas capitales de España, esta es una favorita reciente y sin mérito, creación del capricho de Carlos V. Los eruditos compiladores de la *Guía Oficial*, de 1845, sin embargo, afirman que este es el año 2598 de la fundación de Roma y el 4014 de la de Madrid, y que esta más antigua y más noble ciudad fue llamada por los romanos *Mantua Carpetanorum*, para distinguirla así de la *Mantua* italiana (aunque la situación real de esta *Mantua* española esté en Ocaña). Si Madrid existía realmente en la época romana, lo cual es muy dudoso, lo más probable es que fuese la insignificante aldea de *Majoritum*; en cualquier caso, *Majerit* no pasaba de ser una avanzada mora de Toledo cuando fue tomada en 1083 por Alonso VI. Enrique IV, hacia 1461, amplió algo la ciudad vieja, que estaba situada en la eminencia occidental, junto al río, y las calles angostas todavía contrastan con las partes más modernas que han ido surgiendo en los sectores nordeste y sur. En otros tiempos, Madrid estaba rodeada de bosques, que según describe Argote en 1528, eran “buen monte de puerco y oso”, razón por la cual fue convertido en residencia real. Estos bosques fueron talados ya hace largo tiempo por los imprevisores habitantes y, como las bestias salvajes que los habitaban, solo existen ahora en el escudo de la ciudad, que tiene un árbol verde con frutas de color gules, al que se sube un oso, en orla azul con siete estrellas de plata. Este oso, dicen los entendidos, simboliza la *Ursa Major*, constelación a la que también llaman *El Carro*, por representar a *Carpentum Mantuanorum*. La pura verdad, sin embargo, es que Madrid no comenzó a ser lugar de importancia hasta los tiempos de Carlos V, que gotoso y flemático, se sentía reanimado por su aire vivo y puro; y, sin tener en cuenta otra cosa que su conveniencia personal, abandonó Valladolid, Sevilla, Granada y Toledo para fijar su residencia en un lugar que tanto los iberos como los romanos, los godos y los moros habían rechazado por igual.

Declarada Corte por Felipe II en 1560 (quien fue aficionándose a ella a medida que El Escorial se elevaba ante sus ojos), la ciudad creció rápidamente

a expensas de otras capitales más antiguas y mejor situadas. Es la creación de un siglo, ya que no ha aumentado mucho desde la época de Felipe IV; entonces, ciertamente, en comparación con Londres y otras capitales europeas, estaba destinada a ocupar lugar importante, pero ahora, como ha ocurrido con todo lo demás en la malhadada y mal gobernada España, cuyo sol lleva largo tiempo puesto, ha sido superada incluso por nuestras ciudades provinciales.

El craso error de una posición geográfica que no tiene otra ventaja que el supuesto mérito de estar en el centro de España, se hizo evidente al poco tiempo, y a la muerte de Felipe II, su hijo, en 1601, trató de transferir la Corte de nuevo a Valladolid, lo cual, sin embargo, resultó ser entonces inviable debido a los considerables intereses creados por las inversiones realizadas en el reinado anterior. Felipe II no supo aprovechar la oportunidad que se le presentó de instalar su capital en Lisboa, que está admirablemente situada, junto a un gran río y a la orilla del mar; de haber hecho esto, Portugal nunca habría podido o querido sublevarse, o sea, que la Península no se habría escindido nunca; y este fue precisamente el primer golpe asestado a la grandeza de España: y por todo ello, Madrid, y su úlcera levítica, El Escorial, es el germen donde hay que buscar el origen de la actual decadencia. Carlos III, príncipe prudente, pensó transferir la capital a Sevilla, y también lo hizo el intruso José, pero ahora la enfermedad es crónica e incurable.

Madrid está construida sobre varias pequeñas eminencias que caen sobre el Manzanares, el cual, por estar frecuentemente seco en el verano, apenas si merece el nombre de río. La elevación es de unos dos mil cuatrocientos pies por encima del nivel del mar, aunque sea en una aparente llanura, la cual, sin embargo, está muy cortada por barrancos que han sido excavados por los torrentes del Guadarrama y en los que languidecen, invisibles, unas doscientas aldeas escondidas en las hondonadas. Esta elevación en una llanura abierta es la razón de la derivación que se suele dar a *Majerit*, palabra que, según se dice, significa en árabe, corriente de aire fresco, es decir, algo así como “buenos aires”. Sousa, sin embargo, hace derivar este nombre del árabe *Maajarit*, o sea, “aguas corrientes”, de las que, por otra parte, apenas hay; y es que perversa, ciertamente, ha sido la maña de sus habitantes, que destruyeron tanto la salubridad del aire como la fertilidad del suelo; y de esta forma, la destrucción de la madera ha resultado la maldición tanto de Madrid como de Roma, las ciudades del oso y del lobo, y reductos gemelos ambos del enemigo de las libertades civil y religiosa.

La cuenca de que Madrid es la capital está limitada por la Sierra del Guadarrama y por los Montes de Toledo y Guadalupe. Consiste más que nada en formaciones terciarias, greda, yeso y piedra caliza. Esta última, hallada en Colmenar de Oreja, cerca de Aranjuez, es depósito de agua dulce, y, por ser de buen color y consistencia, se usa mucho para los edificios de Madrid; el granito, que es

excelente y abundante, procede de Colmenar Viejo, a cinco leguas, cerca de El Escorial. Hay muchos pueblos de este nombre cerca de Madrid, que tanto en español como en árabe significa “lugar de abejas”. En Vallecas, a legua y media de la capital, hay una curiosa magnesita, con huesos de mamíferos extintos.

Madrid es residencia desagradable y malsana, en la que se alternan los extremos de calor y frío, o, según el adagio, hay *nueve meses de invierno y tres de infierno*. Aunque, como dice un exacto escritor, Madrid está a diez grados al sur de Londres, el promedio de temperatura invernal es de $43^{\circ} 7'$, o sea, de solo cuatro grados más que en nuestra capital; a pesar de esto, todos los inviernos se experimenta aquí un frío cuya intensidad es muy rara en Londres; en 1830 el termómetro bajó a $9^{\circ} 5'$ Fahrenheit y cayó gran cantidad de nieve; todos los años, durante varias noches, el termómetro baja a más de 32° y los ríos se cubren de hielo, que suele desaparecer en el transcurso del día. La temperatura media de los tres meses del verano es de $76^{\circ} 2'$, o sea, 15° más alta que en Londres; pero durante el Solano, el viento del sudeste, sube con frecuencia a 90° o incluso a 100° a la sombra, mientras al sol, el calor y el resol son africanos; a esto, como si fuese una burla del clima, hay que añadir los vientos siberianos, porque, estando Madrid situada sobre una meseta abierta y desnuda, se halla expuesto a las ráfagas cortantes que caen, impregnadas de muerte, de la cueva de Éolo del nevoso Guadarrama, foco de tuberculosis y pulmonía. La capital, aun cuando no hubiera médicos en ella, cesaría pronto de ser ciudad de gente viva si no estuviera siendo constantemente repoblada por los miles de personas que llegan de provincias, porque es la araña destructora que atrae a su tela a todos los que esperan hacer fortuna. Y, sin embargo, los indígenas no hacen sino cantar sus glorias, como los débiles mentales se muestran orgullosos de los errores mismos de que más avergonzados debieran sentirse. El verano es el periodo más peligroso, cuando se abren los poros, porque, con frecuencia, sopla un viento del nordeste que produce una diferencia de temperatura entre un lado de la calle y el otro de hasta veinte grados, y el incauto forastero, que sale de una calle abrasada por el sol, se ve cogido en una esquina por el mismo Éolo y llevado sin más de allí al cementerio. Fue el *cólico de Madrid*, una extraña inflamación de los intestinos, lo que hizo enfermar a Murat en 1808 y la superstición popular, según Foy, lo achacó a la venganza divina; pero ninguna Némesis le asestó entonces el golpe, porque esta enfermedad es proverbial, y

El aire de Madrid es tan sutil
que mata a un hombre, y no apaga a un candil.

Seco, inquisitivo y cortante, este aliento asesino de la muerte penetra en carne y hueso, hasta llegar a la misma médula; de aquí el cuidado que ponen los naturales en cubrirse bien la boca, las mujeres con pañuelos y los hombres

embozándose en las capas: gracias a estos respiradores no mecánicos, los pulmones están protegidos, ya que *el horno se escalfa por la boca*. El promedio de muertes en Madrid es de uno por cada veintiocho, mientras que en Londres no pasa de uno por cada cuarenta y dos: no es de extrañar, por tanto, que según Salas, incluso los sanos vivan de medicamentos:

Aun las personas más sanas,
si son en Madrid nacidas,
tienen que hacer sus comidas,
de píldoras y tisanas.

Es fatal sobre todo para los niños pequeños, que durante la dentición mueren *como chinches*. El Siroco veraniego agosta la vegetación y, excitando a una población aficionada al cuchillo, llena los hospitales de heridos y las cárceles de asesinos. Ya queda bien parada, por tanto, esta “buena madre”, de cuya ternura, Moya, siguiendo el principio del delincuente honrado, hace derivar el nombre de Madrid, en más bien, *madrasta*. La moral de casi todas las clases no es mejor que el clima, ya que Mesonero calcula que una quinta parte de todos los nacimientos son depositados en la Cuna, donde quedan expuestos a una muerte casi cierta. Las familias más acomodadas se las arreglan para criar a algunos de sus encogidos hijos, poniéndolos en manos de amas saludables de Asturias, y los fastuosos vestidos de estas aristocráticas pasiegas cuentan entre los ornamentos más curiosos del Prado.

Los habitantes de la ciudad piensan que Madrid es la “envidia y admiración” de la humanidad: hablan de ella como de la capital de España, es decir, del mundo, porque, *quien dice España dice todo*. No hay sino un Madrid: único, como el Fénix, Madrid es la *única* Corte que hay en la tierra, *solo* Madrid es Corte. Dondequiera que se oiga su nombre, el mundo enmudece de espanto, *donde está Madrid calle el mundo*. No hay más que un paso de Madrid a la *Gloria*, o sea, al cielo, en el que hay una ventana desde donde los ángeles contemplan a este paraíso en la tierra. La razón de que no haya casas de campo en las cercanías es explicada en serio por la gente diciendo que ninguna persona sensata podría pensar siquiera en abandonar este lugar de placeres sobrenaturales, aunque solo fuese por un día; y ciertamente, en este desierto horrible, sin hierba ni árboles ni colorido, tampoco se puede decir que haya muchas tentaciones naturales; y además, la inseguridad de los caminos convertiría una excursión por las afueras de la ciudad en un peligro, sin que en compensación, el hidalgo que así se aventurase pudiera sentirse mucho más seguro al volver a Madrid, porque sin duda su casa habría sido atracada y sus cucharas de plata robadas. Y si recurriera a rodear su casa con un alto muro y vigilarlo con centinelas armados podría, quizá, pasearse tranquilo por el jardín y echarse a dormir tan campante como el padre de Hamlet en su huerta, gozando sin problemas de la felicidad propia de

la época medieval, cuando los grandes hombres vivían en calabozos protegidos por una guarnición; pero todo esto apenas si puede decirse que sea propio de las ideas de 1845 sobre el aire, la libertad y la sencilla naturaleza de una casa de campo, o incluso de Clapham. El más grande de los castigos para los Grandes de España consiste en verse exiliados de la Corte a sus distantes fincas; un exilio a la Alhambra es como ser enviado a Botany Bay:* los verdaderos cortesanos solo pueden vivir en Madrid, y en todos los demás sitios se limitan a vegetar, de lo que se deduce que solamente necesitan ázoe en vez de oxígeno para sobrevivir. Esta expresión, “la Corte”, produce en los oídos españoles una idea imposible de traducir al inglés. Es algo así como *La Cour* de Luis XIV o la residencia del sultán, el dispensador de rango y fortuna: es el centro de los empeños, los cargos, las intrigas, los títulos, las condecoraciones y el pillaje; es la carroña en torno a la que se congrega la tribu de buitres de los buscadores de destinos y los *pretendientes*, cuyo nombre es legión; y sin embargo, como Corte fue siempre una pobre representación de lo que se entiende por verdadera grandeza, y ahora, en comparación con otras cortes europeas, no es mucho más que una parodia. A pesar de todo, es la maldición de España, y todos los españoles bien informados convienen en que los mejores de sus compatriotas se arruinan en todos los sentidos yendo a ella, tal es su atmósfera, semejante a la que emana el antiar; y sin embargo, tal es la fuerza de la costumbre que a nadie se le ocurre escapar de allí en busca de una atmósfera más amplia y más libre. El desierto llega hasta las innobles murallas de tierra, y el campesino, que rasca la tierra de los campos al otro lado de ellas, es un bárbaro, a pesar de lo cual los habitantes de Madrid comparan estos alrededores con los de Palmira y Roma: pero ¿dónde están los antiguos almenares, palacios y templos?, ¿dónde la poesía de esas ciudades solitarias de antigua grandeza, cuyo actual abandono y melancolía constituye tan apropiado marco? Todo lo que rodea a Madrid es una abominación creada por ella misma, sin recuerdos o asociaciones. Aquí tanto la naturaleza como el hombre parecen hechos la una para el otro, porque los desnudos alrededores solo tienen mala tierra y peores cultivos.

Madrid, esta digna capital de un país de anomalías, no es siquiera una ciudad; no es más que la principal de las *villas*. No tiene catedral ni obispo; se levanta con un racimo de espiras cónicas, azules, de aspecto flamenco, que, parecidas a extintores de incendios, no dejan de ser apropiadas para una ciudad en la que el clima y la policía, por igual, conspiran para acabar con la vida y la mente. Y, a pesar de todo, esta verdadera capital de España, como otros culpables recompensados, ha sido dotada de inmerecidos epítetos honrosos. Es “*imperial, coronada, muy noble, leal y heroica*”. Toda esta *título-manía* suena bien, en blanco y

*Lugar en Nueva Gales del Sur, Australia, donde los ingleses tenían una colonia penal a la que llevaban delincuentes de Inglaterra. [N. del T.]

negro, y le cae bien a una ciudad que parece haber sido erigida por un decreto en *La Gazeta*, firmado “Yo el Rey”, el *ipse dixi* y *volui* del déspota. Esta pompa de epítetos hueros es al tiempo clásica y oriental, es la Augusta *invicta* del romano, la *Kaderah*, “la Victoriosa”, El Cairo del árabe. Pero Madrid apenas si existía en el primer periodo de la historia de Castilla y fue construida cuando ya había pasado la época de las catedrales, la edad en que los edificios se levantaban en armonía con los hondos y nobles sentimientos que palpitaban en el interior de sus constructores; de aquí que tenga poco de interés para el aficionado a las antigüedades; está hinchada como un quiste, lo que indica la corrupción del sistema, y tomó la forma y la presión de la decadencia misma de la religión y el país cuyo exponente era. Se ha calculado que durante los siglos XVII y XVIII se gastaron en España no menos de sesenta y ocho millones de libras esterlinas en la construcción y decoración de conventos, en lugar de construir carreteras y abrir canales: ahora bien, casi todas las iglesias de Madrid fueron edificadas durante este fatal periodo. Comenzado principalmente por los Felipes III y IV, continuado bajo el desdichado Carlos II, adecuado monarca de un país en decadencia, y perfeccionado bajo el extranjero, en ninguna parte han sido llevados los lamentables churrigueresco y rococó de Luis XIV a mayores excesos. Las iglesias, sepulcros blanqueados, son tristes muestras de una insaciable avidez de oropel y dignas de un periodo en el que tanto la religión como el país mismo estaban vacíos de realidades, mientras que la parte exterior de la bandeja relucía de verdadera plata a fin de tratar de ocultar la corrupción del interior; los Borbones pusieron su granito de arena, introduciendo esa curiosa manía de edificar y dorar que es característica de *Le Grand Monarque*, mientras que Carlos III, que quiso ser el Augusto de Madrid, edificó, desgraciadamente, con ladrillo, no con mármol, y su época fue, en consecuencia, la época pobre del lugar y de lo *real-académico*. De aquí las moles sin espíritu ni sentido, las largas calles nuevas, que muestran una fachada ostentosa, levantadas para halagar el ojo real y el amor nacional por la pompa externa, mientras que detrás de ellas hay callejas angostas, mal pavimentadas, mal iluminadas y mal alcantarilladas. Estas callejas son refugio de manadas de perros escuálidos y hambrientos, que en España, como en Oriente, son los más ocupados y con frecuencia los únicos basureros. Las mejores casas de Madrid son muy altas y grandes y viven varias familias en sus diversos pisos o apartamentos, teniendo la escalera en común; cada apartamento está protegido por una puerta sólida, un “roble”, en la que, generalmente, hay un portillo o postigo, como en las casas de juego, por el que los dignos pero recelosos inquilinos inspeccionan al visitante antes de dejarle entrar; y es que en esta ciudad corrompida, nadie ni nada está seguro. Los interiores, para nosotros, son incómodos y están sin terminar; las cocinas, los *offices* y otras necesidades son los más sucios y europeos que se han visto. Hay poca variedad en su escaso *puchero* y probablemente si Asmodeo pudiera ir

quitando los tejados de Madrid a la hora de cenar, vería que la mayor parte de sus habitantes están desperdiciando su tiempo y su apetito en torno al mismo puchero o comida de todos los días.

La gastronomía teórica y práctica de los españoles es cosa que ya hemos tratado, ya que el comer constituye en todos los sitios una parte importante del día del ser humano y es un recurso que nunca falla para el viajero: en esto, sin embargo, los aislados indígenas de Castilla se aíslan todavía más; se reúnen en la iglesia y en la alameda, pero no en torno a la mesa.

Se debe, en parte, a esta relativa falta de sociedad gastronómica el que los embajadores extranjeros tengan menos influencia aquí que en cualquier otra Corte europea; como todo el arte de la diplomacia se centra en la cocina, nunca puede entrar enteramente en juego en una ciudad donde no se come, donde *mecum impransus disquirite* es el axioma de la mayor parte de los hombres que ocupan los cargos en España, y que, en consecuencia, raramente “lubrican los negocios” de esta forma.

La mejor sociedad gastronómica y de otros tipos está en las casas del escaso cuerpo diplomático, porque muchas potencias no han reconocido el actual estado de cosas; estos son imitados por algunos pocos nobles, intrigantes e intermediarios, funcionarios, empresarios y concesionarios, así como por aquellos que han emigrado y descubierto que el arte de la cocina no se condensa, como el genio encarcelado, en una olla. Los grandes comen, ciertamente, con los diplomáticos extranjeros, pero con poca reciprocidad por parte de aquellos; como los príncipes de la Roma moderna, raras veces ofrecen, a manera de reciprocidad, siquiera un vaso de agua: su hospitalidad consiste en comer con cualquier extranjero que les invite. Pocos son los diplomáticos que, después de una larga estancia en Madrid, continúan invitando mucho a los indígenas, ya que esta ingrata tarea va a contrapelo de las costumbres. Durante la residencia de la Corte en Aranjuez y La Granja tiene lugar algo más de intercomunicación, pero es de un tipo más extemporáneo y ligero, campestre, y no de comidas verdaderas y constantes de buena sociedad; todo ello se hace en pequeña escala, y realmente parece juego de niños si se compara con la forma que tenemos de hacer esto en Londres; pero, en verdad, el español, acostumbrado a su propia manera, sin método y como inconexa, casual y espontánea, apresurada y embrollada, de comer, se siente cohibido por el orden y la ceremonia y la seria importancia de una comida bien organizada, y su fidelidad a las formas se extiende solamente a las personas, no a las cosas; de manera que incluso el grande no tiene más que una leve capa de brillo europeo en su mesa godobeduina, y vive y come rodeado por un humilde grupo de cortesanos, en su enorme y mal provista casa-cuartel, sin ninguna elegancia, lujo o siquiera comodidad, según sus sólidas ideas transpirenaicas: pocas son, ciertamente, las cocinas que aquí poseen un *cordon bleu*, y menos aún los amos de casa a quienes

gusta de verdad una *entrée* ortodoxa, no contaminada por las herejías del ajo y el pimentón: y siempre que su cocina trata de extranjerizarse, como en otras imitaciones, acaba convirtiéndose en una copia sin aroma; pero pocas son las cosas que se hacen en España con verdadero estilo, es decir, con preparación y gusto. Aquí todo es provisional y hecho a la buena de Dios; el noble señor delega sus asuntos en el administrador injusto y se echa a dormir sobre su lecho de rosas, somnolescente en los negocios y despierto solo en la intriga; su numerosa servidumbre, mal entrenada y mal surtida, no tiene la menor idea de la disciplina y la subordinación; nunca se puede contar que pongan siquiera un mantel, ya que prefieren perder el tiempo en la iglesia o en la plaza a cumplir con su deber, y preferirían morir de hambre para cantar, bailar y dormir, mejor que comer bien y ganar su salario con un trabajo razonable; y tampoco el amo de la casa puede defenderse realmente, porque si los despide solo conseguirá contratar otros iguales, o quizá incluso peores.

Pocos extranjeros tienen mucha salud, física o mental, en esta ciudad asocial y malsana; y los plenipotenciarios de otros países tampoco abrigan demasiada esperanza de poder negociar satisfactoriamente con un gobierno protocolario, rígido y poco dado a la eficiencia, que atribuye a su innata majestad y a su verdadero poder una posición que, como la de Turquía o Portugal, está prácticamente sostenida por la tolerancia, la protección o los recelos mutuos de países más potentes. Los funcionarios de Madrid siempre se han comportado de manera altiva con los agentes extranjeros: el Duque, incluso cuando les salvaba, no era “tratado por ellos como amigo o siquiera como un caballero”, y se veía “completamente sin influencia en sus consejos”, porque tienen “un total desprecio” de sus aliados extranjeros, y “su conducta para con ellos es completamente falta de consideración”: véanse los Partes del 31 de agosto de 1809, el 2 de julio de 1812, el 25 de agosto y el 5 de septiembre de 1813 y muchos otros. Pequeña, ciertamente, es la satisfacción que se obtiene por serias infracciones de tratados y malos tratos a nuestros comerciantes. El funcionario, como el calamar, se rodea para protegerse de una nube de papelorios: el protocolo sigue al protocolo, el expediente al documento, hasta que tanto el diplomático como el asunto que le lleva acaban por morir de muerte natural por insoportable fatiga; y siempre ha sido así. Howell, en los tiempos de Carlos I, dice que el montón de sus quejas sin respuesta era “más alto que él mismo”. Y tampoco se crea que la eficiencia y la rapidez españolas son más satisfactorias que sus demoras. Cuando el enviado francés se quejó a Felipe II de que algunos de sus compatriotas llevaban largo tiempo sin ser procesados en las cárceles de la Inquisición, el rey contestó que se ocuparía de que “fueran objeto de buena y rápida justicia”, y a la semana siguiente todos ellos fueron quemados.

Así es Madrid, desde el punto de vista moral y físico; una ciudad en la que una larga residencia acaba agostando la mente y el cuerpo. Bien podría exclamar

Góngora: “¡Este es Madrid, mejor dijera infierno!” y aunque el madrileño pueda pensar que es un paraíso, la capital realmente es poco querida por el resto de la nación. Despierta en ellos, ciertamente, orgullo y apela a su interés, pero también es cierto que todos los individuos que contribuyen a engrosar la muchedumbre de cazadores de fortuna prefiere, en lo hondo de su corazón, la capital de su propia provincia. Muy equivocado, por tanto, estaba Bonaparte cuando se imaginó que la toma de Madrid serviría para conseguir el dominio sobre el país entero, como ocurrió en el caso de París, Viena y otras capitales.

El conjunto de la población de Madrid, que está formada por emigrantes de todas las otras provincias, se caracteriza por un tono metropolitano y cortesano de superioridad; hay una afectación de menosprecio de la ciudad provinciana y sus maneras y una tendencia a evitar todo lo que huele a traje nacional: una frivolidad insincera, resultado de las falsas intrigas que tienen lugar constantemente por todas partes, le ha sido reprochada también al madrileño. Las mujeres no son, ni con mucho, tan atractivas como las de Valencia y Andalucía: tienen mucha menos salud y sus rostros son menos expresivos; les falta mucha de esa franqueza natural y cordial y esa falta de artificio que constituye el principal encanto de la mujer española. Como los hombres, son más *gazmoñas*, es decir, hipócritas; el populacho, de ambos sexos, es brutal y corrompido; el *Manolo* o la *Manola* (palabras que son abreviatura de Manuel y Manuela) son lo más digno de la atención del forastero, aunque no desde el punto de vista moral; estos son los *majos* y *majas* de Madrid, pero sin la gracia y elegancia de los andaluces o la sencilla honradez de los *charros* y *charras* de León.

Madrid, desde la muerte de Fernando VII, ha mejorado tanto como ciudad que los españoles que han vuelto a ella recientemente apenas la reconocen. Su primero y gran benefactor fue el marqués de Pontejos, que fue jefe político. Hay también más vida y más movimiento en las calles, algunas de las cuales están más limpias y mejor pavimentadas e iluminadas; muchos de los antiguos nombres han sido cambiados por otros democráticos y patrióticos: estos, sin embargo, a medida que los partidos se van sucediendo unos a otros en el poder, se vuelven a cambiar; y por estar constantemente expuestos a cambios con cada alteración de la escena política, nosotros adoptaremos la nomenclatura original, con la cual además la gente está más familiarizada. La destrucción de los conventos ha abierto espacios y se están construyendo edificios nuevos por todas partes. Y también ha resultado de las recientes guerras civiles y de los constantes cambios de gobierno y de principios un accidente no previsto y un beneficio no intencionado, y es que, como cada partido, al verse en el poder, se ha puesto enseguida a perseguir a sus oponentes a muerte, los dirigentes de todos los matices políticos se han visto, a su vez, obligados a huir en busca de seguridad a Francia o a Inglaterra; de esta manera, aunque la estructura

política exterior se desgarraba, alguna luz penetraba por las rendijas en este país durante tan largo tiempo tan herméticamente cerrado, porque los exiliados encontraban que el que ellos imaginaban primer país del mundo no era en realidad más que uno de los más atrasados, y todos ellos, a su vuelta, traían su granito de información. Otra fuente de mejoras para Madrid ha sido la reforma de la corporación municipal. Antes, los cuantiosos ingresos se iban entre los dedos de sus miembros o bien se desperdiciaban en costosos regalos al rey, la familia real o el favorito del momento, pero ahora los fondos se destinan a mejoras locales. Y no es que ahora todo esto se haga como es debido, o que todos los abusos hayan sido completamente abolidos, porque eso sería pedir lo imposible; los establos de Augías de la corrupción oficial, siempre que entra en juego el dinero, son demasiado incluso para un Hércules acompañado de un Alfeo, ese tipo de reformador apoyado por la opinión pública.

El mejor lugar para obtener una vista panorámica es desde la cúspide de la torre de la iglesia de Santa Cruz o bien desde el montículo que hay a la cabeza de los Jardines del Buen Retiro. Por su forma, la ciudad es casi un cuadrado con las esquinas redondeadas. Fuera de los muros de tierra, y en sus entradas principales por la parte del río, hay avenidas plantadas de árboles. Madrid les gustará más a quienes han venido directamente a España desde Francia, ya que es una ciudad verdaderamente española y, por tanto, los vestidos, el Prado y las corridas de toros les sorprenderán por el encanto de su novedad y lo extraño de su contraste que, por el contrario, no llamarán la atención a los que lleguen a Madrid desde la bella Valencia, la mora Granada o la grandiosa Sevilla. Una semana bastará para ver las maravillas de la única “Corte del mundo”, cuyos museos están, ciertamente, entre los mejores de Europa; feliz aquel que de Madrid escape a Ávila, El Escorial y Segovia, o que se dirija hacia la romántica Cuenca por la imperial Toledo y los jardines de Aranjuez; los que se sacudan cuanto antes el polvo de sus sandalias y permanezcan el menor tiempo posible en Madrid serán, probablemente, los que con mayor satisfacción lo recuerden, porque aquí el amor, pequeño al principio, irá disminuyendo maravillosamente a medida que vaya aumentando su conocimiento. Cuanto más se conozca Madrid, tanto menos gustará:

Quien no te quiere, no te sabe;
quien te sabe, no te quiere.

Los hoteles, hasta hace muy poco, eran los peores de Europa, sin exageración, pero el número de compañías nuevas de coches, al traer más viajeros a la capital, ha creado una demanda de alojamiento; algunas de estas compañías han abierto posadas o paradores propios, y también se han instalado muchos cafés y restaurantes tolerables, principalmente por extranjeros, igual que ocurre en

Oriente. Pero los que viajen con señoras harán bien en escribir anticipadamente a algún amigo para que les reserve apartamentos o habitaciones particulares. Entre los mejores hoteles están la Amistad, que es de un francés; La Fonda de Genies; la de Europa, calle de Peregrinos; la del Comercio, calle de Alcalá; la de París, calle del Carmen, que, aunque pequeña, es buena. Todas estas están bien situadas y en lugares frecuentados. La famosa Fontana de Oro, que durante largo tiempo fue el hotel de Madrid y al tiempo uno de los peores de Europa, se ha convertido en establecimiento de baños, habitaciones y salones de lectura.

Los que piensen quedarse tiempo en Madrid debieran buscarse habitaciones en casas privadas que –aun cuando no suelen estar bien amuebladas– por lo menos, según nuestras ideas, son bastante tolerables para España; algunas, pocas de ellas, tienen chimenea. *Nota bene:* escojan siempre las que tienen chimenea, porque un buen fuego constituye un inenarrable atractivo en los países con buen clima y detestable invierno, ya que las casas allí suelen ser verdaderos pozos, sin, por ello, resultar profundos como la verdad: el hogar, con su crepitar animoso, recordará al viajero su tierra inglesa, de la misma forma que un rayito de sol le recuerda España al español exiliado en Siberia. La cama suele estar puesta en una alcoba, cuya puerta está vidriada; los suelos, de ladrillos o azulejos, están cubiertos de esteras; para alojarse, la mejor zona es la que rodea a la Puerta del Sol. El viajero podrá guiarse, sin embargo, por los avisos que hay en las ventanas y balcones de las casas donde se encuentran apartamentos a su disposición. David Purkis, Casa de los Baños, calle Caballero de Gracia, tiene buenas habitaciones y lo recomendamos. Hay varios restaurantes cerca de la Puerta del Sol: uno en la Carrera de San Jerónimo, que es de un francés, y otro en la calle del Príncipe, de un piamontés. Se puede comer también en las tres fondas de Genies, que son París y El Comercio, por precios que van desde un dólar por barba en adelante. La cocina es de segunda categoría y, sin embargo, comparada con la oscuridad gastronómica que es general en España, aquí pasa por ser de primera. Los cocineros franceses de los diplomáticos extranjeros han tenido bastante buena influencia en este asunto, pero la espina dorsal de la vida castellana sigue siendo el puchero, con su insípida y correosa vaca cocida. Este plato, peor incluso que el *Buoilli* francés, se burla del paladar con una apariencia de alimento: puede ser comido, sin embargo, cuando no haya ninguna otra cosa. Madrid es famosa por sus espárragos, que se cultivan en Aranjuez, y su hojaldre, una pasta ligera; las confiterías están, en su mayoría, en manos de extranjeros, ya que la auténtica pastelería española, como los bollos y las tarteletas de Inglaterra, recuerda a las edades oscuras, mientras que la *Pâtisserie* francesa es elegante en la forma, exquisita en su materia prima y llena de imaginación, genio y jalea de albaricoque. La Pastelería Suiza, calle Jacometrezo; Pastelería Extranjera, plaza Santa Ana; la de la calle del Príncipe y la *Pâtisserie*, francesa, en la Carrera de San Jerónimo, son buenas. La cerveza en

botella, mezclada con zumo de limón, es otra bebida favorita en Madrid, pero, como cabría esperar de sus ingredientes, no puede ser recomendada al paladar o al estómago de los ingleses.

El vino corriente, y el mejor con mucha diferencia, es el tinto espeso de Valdepeñas; sin embargo, el producto inferior de Arganda se vende constantemente en su lugar, y ambos están adulterados con cocimientos de palo de Campeche y otras abominaciones. Los vinos franceses y extranjeros son caros y malos: el madrileño, que no siente curiosidad por nada, se muestra muy indiferente por lo que se refiere a la calidad; su objetivo, por el contrario, es la cantidad y se limita a beber el vino que le resulte más barato y se produzca más cerca. Los Andaluces, calle de Fuencarral, y Las Delicias de Bética, calle de Carretas, venden jereces y málagas que son considerados como *vins de liqueur*. Recientemente se han abierto muchos cafés nuevos y buenos. Entre los mejores están el de los Dos Amigos, el Nuevo, el de Cervantes, de la Aduana y de la Estrella, todos los cuales están en la calle de Alcalá; también el de Lorenzini, Puerta del Sol, y El Príncipe y La Venecia, calle del Príncipe.

Las nieves de los montes del Guadarrama, aunque abastecen a Madrid de ráfagas heladas y están preñados de tuberculosis, proporcionan en contra, durante el verano, abundantes bebidas frescas y helados que venden por las calles sobre todo los valencianos. El agua de cebada es muy refrescante; también lo es la horchata de chufas o *Michi michi*, es decir, “mitad y mitad”, llamada así porque se hace con cebada y *chochos* (molidos), los altramuces o lupinos de los antiguos romanos, los *tirmis* del árabe cairota (Lane, XII, 13). Estas bebidas de emulsión son muy clásicas, porque la leche de almendras que los médicos españoles consideran una panacea, es exactamente la que describe la *Αμυγδαλη-αγαθον Φαρμακον* de Ateneo (II, 12). Ninguna bebida, sin embargo, ni medicinal ni meramente refrescante, llega a la altura del *agraz*. Esta refresca el cuerpo y el alma del hombre, y es deliciosa mezclada con vino de Manzanilla.

Hay muchas Casas de Pupilos. Entre las mejores están dos que hay en la calle de Carretas, dos en la calle de Alcalá y otra en la calle del Caballero de Gracia; pero vale la pena en estos asuntos, que cambian de un día para otro, consultar con el banquero de uno o con algún amigo de Madrid. Los precios de las mejores, por cama, comida y alojamiento, raras veces pasan de un dólar diario, lo cual es bastante barato. La compañía suele ser buena y, como en todos los lugares de España, muy característica por lo que se refiere a buenas maneras y buena educación. Se hallarán también anuncios, para estas y otras necesidades del viajero, en los diversos periódicos y en los *Diarios de Avisos*; en ellos se hallarán también anunciadas las diversas curiosidades de la ciudad, las fiestas religiosas, los teatros, las corridas de toros, las oportunidades y los saldos, y los festivales y las escasas diversiones populares. *La Gazeta* es el periódico oficial; y sus páginas, durante estos cincuenta años últimos, son, con la sola excepción

del *Moniteur* francés, la sátira más grande que jamás ha publicado pueblo alguno de sí mismo.

Los periódicos de Madrid eran en 1843 alrededor de cuarenta; en 1833, bajo Fernando VII, no llegaban, sin embargo, a media docena y gozaban de una libertad de prensa parecida a la que permite Su Santidad en Roma. Las sapientes Cortes de Cádiz pasaron de un extremo al contrario, de las mordazas de la Inquisición a la libertad más absoluta. La consecuencia natural de armar de esta manera, sin la preparación debida, a un poder al que Inglaterra apenas puede resistir, fue crear un nuevo tirano Frankenstein, peor aún que todos los males que habían sido derrocados: la prensa se convirtió, como un calibán emancipado, y como el Duque ha dicho con frecuencia, en “venal, insolente y licenciosa”. Era comprada por los partidos, que dominaban la regencia y las Cortes (Parte del 27 de enero de 1813); y así ha ocurrido siempre desde entonces, cuando es libre, es decir, cuando es esclava de algún interés dominante, ya sea de los franceses, con objeto de injuriar a Inglaterra, o de los cubanos, para defender la trata de esclavos, o de los catalanes, para desacreditar cualquier tarifa aduanera o tratado de comercio. Sus falsedades ejercen influencia en la impresionable mentalidad nacional y consiguen llegar a tener autoridad prescriptiva porque nunca son siquiera contradichas por nuestro descuidado gobierno: bien hizo realmente el Duque en sugerir “apoderarse de uno o dos de estos periódicos”, aunque ciertamente no para diseminar falsedades, sino para decir “la verdad, la pura y simple verdad” (Parte del 2 de abril de 1813). Las masas populares, después de haber sido enseñadas durante largo tiempo por el dictador y los curas, que eran otros quienes tenían que pensar por ellos, y a causa de no estar acostumbradas ni a leer ni al debate público, creen lo que les dicen los periódicos solo porque está impreso; van a ellos en busca de datos y opiniones y de aquí que los directores engañen a estas almas cándidas y se levanten, subiéndose a ellas, a posiciones de poder y lucro. El periodismo es la escala por la que se sube a la grandeza y, por consiguiente, absorbe el talento del país, aunque en perjuicio de la literatura en general. La prensa, que por lo tanto es el órgano de la aristocracia del intelecto, no es simplemente un cuarto estado, como ocurre entre nosotros, sino el *estado entero*, como tiene forzosamente que ser el caso en todos los países que no están preparados para este tipo de libertad. En Inglaterra, los periodistas no tienen la posición social de que gozan en España o Francia sencillamente porque la prensa, aunque tiene auténtico poder político, refleja la opinión pública, no la dirige: nuestras instituciones permanentes garantizan el orden, pero allá donde este depende únicamente de individuos, los *papeles* se convierten en órganos del cambio y las revoluciones, y los que mejor tocan sus registros se elevan a la categoría de verdaderos personajes: de esta manera vemos que González Bravo pasó de dirigir *El Guirigay*, un periódico andaluz de jerga, al puesto de primer ministro. Estos caballeros, como monsieur Thiers, cuando están en la

oposición escriben novelas históricas, libelos y farsas, y cuando están en el poder conspiran y planean verdaderas tragedias. La circulación de los periódicos de Madrid está reducida principalmente a la capital; hay unos pocos periódicos en remotas ciudades del interior que vegetan en su habitual ignorancia desidiosa. Hay muchas salas de suscripción y lectura en Madrid; las mejores están en la calle de la Montera, y El Literario, calle del Príncipe. Los que quieran comprar libros extranjeros en Madrid, o estando fuera de España libros españoles, deben dirigirse a Casimiro Morder, que tiene también un salón de lectura aquí, en el número 10 de la Carrera San Jerónimo, y otro en París, número 7, Rue de Provence.

Los baños calientes, el lujo del romano y del oriental, son cosa que últimamente se ha vuelto más corriente en las principales ciudades de España. Los mejores son los de Purkis, los del Oriente, plaza de Isabel II, La Estrella, calle de Santa Clara; San Isidro, calle Mayor y La Fontana de Oro. La calle de Alcalá es donde se dan cita los cocheros, ya que es aquí donde la mayor parte de las diligencias tienen sus taquillas. Es aquí también donde se alquilan el *coche de colleras* y la *calesa*. Los auténticos coches de España siguen siendo cosa curiosa y sus conductores pintorescos bribones. Un coche alquilado para el día entero cuesta de tres a cuatro dólares. En la calle del Lobo se pueden alquilar *cabriolés* a seis reales la hora; en la calle del Infante, un *coche de cristal* cuesta cincuenta y seis reales diarios, veintiocho por una mañana y treinta por la tarde. Hay también extraños omnibuses públicos llevados por un tiro de mulas. Hay un mercado caballar abierto todos los jueves en la plaza del Rastro. Los mercados de comestibles están tolerablemente bien abastecidos: los mejores son los de San Ildefonso, donde los franceses echaron abajo una iglesia, y los de San Felipe Neri y la plaza de la Cebada. Las mejores tiendas están en las cercanías de la Puerta del Sol. Los libros son en Madrid escasos y caros; los que sean aficionados a la topografía y la hagiografía encontrarán una abundante colección en la Biblioteca Nacional, plazuela de Oriente. Entretanto, los mejores libreros son Ranz, calle de la Cruz; Sojo, Pérez, Sanz, calle de Carretas; Mijar, calle del Príncipe; Dennie y Hidalgo, calle de Montera, y Dionysio Carriano, el griego que antes vivía en Sevilla. Para mapas, López; calle del Príncipe. Sastres: Hernández, Puerta del Sol; Vensilla, Carrera de San Jerónimo; Warslet, Red de San Luis; Pascual, calle de Fuencarral; modistas: La Caraset, calle del Príncipe; La Vitorina, calle del Carmen; La Pepita, calle del Olivo. Las mejores tiendas para señoras o tiendas de modas son Ginés y Narciso, García Cachera, calle del Carmen; La Francesca, calle de la Montera, y una en la calle Mayor, enfrente del conde de Oñates. En Madrid, el viajero podrá conseguir un *laquais de place*, animal este que es muy buscado y necesario en las capitales de tierra adentro de España; hay también una especie de club, El Casino, en el que no es difícil ser admitido. El dinero extranjero puede cambiarse en las oficinas del agente de bolsa de la calle Montera y Toledo. Lo mejor es guiarse para estas cosas por el banquero de uno.

Madrid tiene, según Caballero, *Noticias topográfico-estadísticas*, unos doscientos mil habitantes. Está dividido en doce distritos, consta de veinticuatro parroquias y tiene dieciocho hospitales, una Cuna o Casa de Expósitos, una universidad, nueve academias, cuatro bibliotecas públicas, tres museos, una armería, un espléndido palacio, tres teatros, una plaza de toros, treinta y tres fuentes públicas y cinco puertas principales. Los que quieran conocer todos los derechos, prerrogativas y glorias de Madrid deberán consultar la lista de descripciones locales que sirve de apéndice al *Manual de Madrid*, que es una buena guía: su autor, Ramón de Mesoneros Romano, ha publicado también un *Panorama matritense*, tres volúmenes; octavo, 1837; esta *Vida en Madrid* nos lo presenta desde el punto de vista amable del indígena. El coleccionista de topografía española comprará sin duda *Teatro de grandezas*, Gil González Dávila, folio, Madrid, 1623; *Historia de Madrid*, Gerónimo Quintana, folio, Madrid, 1629; *Solo Madrid es Corte*, Alonso Núñez de Castro, cuarto, cuarta edición, Barcelona, 1968; Ponz, *Viaje Iy Discurso sobre varias antigüedades*, Antonio Pellicer, octavo, Madrid, 1791. Madrid ha producido muy pocos grandes hombres, aparte de Lope de Vega, Quevedo y Calderón. La historia de los que han llegado a la mediocridad, llena, sin embargo, cuatro tomos en cuarto, *Hijos ilustres*, José Álvarez Baena, Madrid, 1790; sobre la Provincia de Madrid, la mejor fuente es la pequeña descripción de Tomás López, Madrid, 1763. La guía cortesana anual, *Guía del Viajero en España*, tiene a modo de introducción una buena descripción de la capital. El mejor mapa de Madrid es el publicado por López, calle del Príncipe.